

Maneras de pensar

LA OBRA DE VERGÍLIO FERREIRA Y LA DEL FRANCÉS ANTOINE DE RIVAROL son dos buenas opciones para leer a dos grandes autores muy poco leídos

PENSAR
Vergílio Ferreira
El Acantilado
326 páginas



PENSAMIENTOS Y RIVAROLIANAS
Antoine de Rivarol
Periférica
88 páginas



JOSÉ LUIS DE JUAN

Frente a las novelas absolutas y los personajes de talla parecida a la nuestra que piensan y actúan, están los libros sin argumento, con personajes desdibujados y ambientes desvaídos por demasiado cercanos y reales, que escriben los que no pueden o no quieren escribir novelas. Estos libros son poco pero muy bien leídos y hasta encontraremos lectores que les ha aprovechado mucho más un libro sin otra articulación que el discurso errático del escritor que una novela rotunda, perfecta. ¿No es un descanso para los ojos y la imaginación encontrarse de repente en las páginas de un libro como *Pensar*, de Vergílio Ferreira?

Pensar está formado por 677 fragmentos y fue concluido en mayo de 1991, cuando su autor contaba 75 años. Algunos son unas pocas líneas y otros ocupan una página o dos. Ferreira piensa en voz alta, es decir, escribe algunas cosas que ha pensado y que parece (en realidad es así) que las está pensando en este momento. Porque escribir bien es la más alta manera de pensar. No puede haber una manera más compleja y al mismo tiempo generosa, dado que lo pensado-escrito puede ser leído y vuelto a pensar por otros y desencadenar así nuevos actos de escritura-pensamiento.

Ferreira siempre habla en general, pero piensa de una manera particular. A veces emplea el "yo" y aunque hable de sí mismo él sabe que su escritura, su pensar, es más importante e inteligente que sí mismo. Suele encontrarse con frases que nunca había buscado, del tipo: "¿Y si pensar fuese una enfermedad, aunque de ella nazca una perla?". Por supuesto, pensar es una enfermedad, y en su caso, al pensar escribiendo, incurable.



Vergílio Ferreira.

EN VOZ ALTA

Ferreira piensa en voz alta, escribe algunas cosas que ha pensado y parece que las está pensando en este momento

Como está en el declive de su vida, Ferreira piensa mucho en la muerte, y aún más en la vida. Se extasia ante el mar, el sol o el azul del cielo. No es un misántropo. La actualidad no le causa respeto ni aversión, sólo perplejidad, y quizá sean

estos los fragmentos que menos nos interesan, pues ¿a quién le interesa una opinión o muchas opiniones? Opinar, me parece a mí, es lo más opuesto a pensar. Vergílio piensa en un momento dado: "El destino de la vida es el olvido. Pero nosotros luchamos desesperadamente por el recuerdo". El pensamiento típico de un escritor, pero qué sinceridad.

Entendámonos, el objetivo de pensar no es la sinceridad, ni siquiera la exactitud, y menos aún el dejar constancia o airear una experiencia; el objetivo de pensar es el mismo que tienen los pulmones cuando se hinchan y se contraen. Vivir. Y el portugués varias veces, tras pensamientos sombríos o tortuosos, se para y piensa: "Colabora con la vida de todo lo que está vivo, en el equilibrio de los seres vivos". Es ese equilibrio, esta necesidad de celebrar, lo que admira de estos fragmentos de un hombre que vivía en Lisboa y no veía el mar desde su casa. "¿Dónde soy?", pregunta al hablar de su tiempo, de su época, y no es un error gramatical. Y más tarde, cuando ya olvidó la pregunta, piensa: "Nadie puede ser en tu lugar. El que eres, sólo lo eres tú. Quien está con los demás, cuando estás, es tu doble, y no muy parecido, además".

Los franceses, como sabemos, fueron muy proclives a escribir pensamientos. Pensar, lo que se dice pensar sólo lo consiguió Montaigne. Hubo grandes creadores de máximas, como La Rochefoucauld o Lichtenberg. Y ahora nos llega Antoine de Rivarol, escritor raro. El tiempo de la guillotina le enseñó esta frase: "El silencio nunca ha traicionado a nadie". ¿Ven como se trata de una experiencia y no de pensar? Lo cual no impide que fuese brillante y certero cuando escribe, por ejemplo, el conde de Rivarol: "Hay que matar al orgullo sin herirlo, pues si lo herimos no muere". Matemos el orgullo, desde luego, pero no dejemos de pensarnos. No confundir con filosofar, que es algo pesado y triste, tendente a meandros interminables, es decir, al flujo de la conciencia. Rivarol termina por aconsejar, desde su aversión final a la abundancia y lo superfluo: "Quien sólo tiene un deseo y una opinión es un hombre de carácter".

La poesía diurna

LOS PLIEGUES OCULTOS
Juan Planas Bennásar
Calima, colección Territorios
94 páginas



EMILIO ARNAO

Juan Planas, poeta últimamente bastante prolífico, acaba de publicar un nuevo poemario, *Los pliegues ocultos*. Quiero, ante esta nueva poesía, comentar que, cuando se habla de composiciones estéticas, estamos refiriéndonos a ese camino incierto que se recorre con las palabras. Planas, poeta de lunas, ha entendido que la poesía se escribe con la iluminación de las palabras, que diría Rimbaud. Ya en su anterior libro, *Alrededores o la mansión de las luciérnagas*, pudimos comprobar cómo esa torrenciosa de luz nos podía volver a todos locos de blancura. Ocurrir que este poeta sabe escribir. Conoce perfectamente el lio de los adjetivos, el porqué de los nombres, las verbenas de los verbos. Es gramatical. Pero hay algo novedoso en su literatura, algo

que no nos mueve a engaño. Planas es moderno. Una modernidad de principios de siglo XXI que amaga al neoclasicismo tan ocasionado últimamente por los poetas puros de final del siglo veinte, esos juanramonianos. Poetas éstos que hacían de sus versos una emoción contenida, un sentimiento podrido, un corazón infantil. El arte será convulso o no será. La poesía es quizá necesario que sea incierta, incendiaria, horrible, enfurecida. Ser poeta no es describir un árbol, sino (retocando la frase de Huidobro) ser el mismo árbol. Todo esto Planas lo ha entendido a la perfección, porque con sus versos devuelve a la vida el fuego de los diccionarios, la marca de la sintaxis, el barco del vocabulario. Se trata de agarrar una palabra y no dejarla desmayada sino encenderla y volarla y nombrarla y sangrarla. Hay que dormir con las palabras en la habitación de los ángeles. Hay que descubrirle el hijo a los sentimientos más oscuros. Frecuentar la noche con un dulce romanticismo. Escribir el mundo como si se escribiera el inicio de las cosas. Somos principio y final de todo, pero hay que decirlo. ¿Cómo? Tarea de poeta. Juan Planas. Es la suya una prosa poética, como digo, a lo Rimbaud o a lo Mallarmé, no demasiado hermética, pero tampoco excesivamente nítida. Queda,

cuando se lee a este poeta de los abrigos de pana, un regusto a vanguardia, una temporada de ismos, pero sin tocar las vanguardias extremas de la reconocida historia de principios del siglo veinte. Es la suya una literatura original, novedosa, diurna, altísima. Leyéndole uno se cree mejor lector y es detectando sus metáforas como se atrapan los valores de la vida y el tiempo. Hay un tiempo interior en su lírica que nos hace despertar del largo silencio al que estamos acostumbrados. "Desciendo de una violencia legítima sin más dramatismo que la palabra". Nos ocupa aquí un hombre que quiere escribir desde el vertiginoso mundo de la temura y la tristeza, desde la ocultación y el dolor. Existe un llanto que es de oro y barro, que viene de la carne hecha origen y clima. Pero no todo es sufrimiento, sino que clama un aleteo de palomas y risas que llegan de otras tierras aún más húmedas. Está el amor. Un amor teñido de cuerpos y frío, de mujeres y amapolas. El amor salva al hombre de cualquier tipo de dolor, para algo sirve escribir. Planas, que fuma como Verlaine, sabe que para salvarse en esta vida es imprescindible estar enamorado y escribir buenos versos. Lo demás lo dan por televisión.